

Historical Writing (1992) o *The European Renaissance: Centres and Peripheries* (1998).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Bonnaud, Robert, *Histoire et historiens depuis 68. Le triomphe et les impasses*, París, Kimé, 1997, 123 pp., ISBN 2-84174-078-1, 105 F. Col. Le sens de l'Histoire.

1. Vues d'ensemble. 2. Spectres et ancêtres: de Michelet à Lucien Febvre. 3. L'empire braudelien. 4. Le Roy Ladurie. 5. Chaunu, Goubert, Le Goff, Vidal-Naquet. 6. Georges Duby, Paul Veyne. 7. Les "années 1980", les "années 1990". 8. Problèmes: les batailles, le present, les invariants.

Si hubiera que poner un título a esta reseña, tal vez el que mejor pudiera encajarle fuese: "Del valor de las recensiones", pues todo el libro que comentamos es una recopilación de las publicadas en *La Quinzaine littéraire*. Es un libro interesante, cuando menos atípico, en el que se puede conocer la historiografía francesa —como mucho en francés— desde 1975, aunque él la titule desde 1968. Y se conoce esa historiografía a través de sus hechos, de sus libros, no tratados en sí mismos, sino como testimonio de algo: el autor, la escuela, la tendencia... Por eso los libros no son más que excusas, a los que se hace referencia como introducción a ese contexto. Por eso, aunque en un principio parezca menos interesante por tratarse de una recogida de reseñas previas, su lectura conduce a un conocimiento desde dentro de la historiografía francesa de los últimos treinta años; eso sí, desde un punto de vista muy personal, muy vinculado a las posiciones del autor, firme defensor de la utilización racional de conceptos en historia, pero a su vez crítico tanto frente a los excesos conceptualistas como a la de-conceptualización radical de la historia. Puede sonar en parte a cierta forma de ego-historia (otro de los ejes del libro) y, de hecho lo es, pues se vierte en estas páginas una larga trayectoria historiográfica, siempre vinculada a un progresismo político e historiográfico, que rechaza la defensa de lo conservador en ambos campos y que casi siempre traza un panorama político de los autores analizados, situándolos en el contexto pertinente.

He mencionado la atención prestada a distintos libros de memorias y autobiografías de distintos autores, incluso la pregunta de si el historiador autor de este tipo de libros dice necesariamente la verdad por serlo, lo cual no deja de plantear un interesante problema que se resuelve mucho más por el lado humano que por el lado profesional. Así, al comentar la obra *Le quotidien et l'intéressant* (1995), de Paul Veyne, se pregunta si la memoria del historiador vale más que las demás y, si es así en qué medida: ¿accede directamente a la

condición histórica por ser su autor quien es? (p. 97). Hay interés por ver al historiador-persona, sujeto de su tiempo, lo cual introduce un matiz de enorme interés para afrontar la historiografía desde el punto de vista de una sociología histórica del historiador, así como para tomar conciencia de la existencia de elementos que hacen del profesional de la Historia un elemento más de la cadena de hechos y presiones de su tiempo, y ello a través de lo más significativo de su presencia pública: sus obras.

Así, en el primer capítulo, hace un repaso por libros como los de Gérard Noiriel (*Sur la crise de l'histoire*, 1996), que comenta irónicamente, tratando de rastrear la crisis de la historia y haciendo comentarios mordaces sobre la situación historiográfica francesa. También es crítico con el libro de Jacques Le Goff, *La nouvelle histoire* (1978) y titula, significativamente, ese epígrafe: "La "nouvelle histoire" est née en 1900". Comenta lo revolucionario de James Harvey Robinson y de Harry Elmer Barnes, que no se incluyen en el diccionario de la nueva historia, como a ningún otro anglosajón, pese a que ya innovaron mucho antes "que nous, quand nous disons la même chose, en 1979, au nom de la "nouvelle histoire"" (p. 14). Irónicamente, lo considera como "la meilleure introduction à l'historiographie dynamique, la Bible très moderniste de l'histoire savante" (p. 15). Tras lo cual comienza a dar cuenta de sus carencias y de sus excesos, como su eclecticismo circunspecto, tan cercano, por otra parte, al conformismo sectario, dice (p. 16). Critica *Le Féodalisme, un horizon théorique* (1980), de Alain Guerreau, del que afirma que tiene cuentas que saldar y verdades que le ahogan "[e]t ce livre libère, car elles n'étouffent pas que lui" (p. 18). También es implacable con Marrou, con su libro de 1954, *De la connaissance historique*, al que critica casi todo, pero al que reconoce el mérito de haber teorizado en 1954, rompiendo un silencio corporativo generalizado. Del de Jean Favier, *Dictionnaire de la France médiévale* (1993) dice que "c'est le niveau zéro de l'histoire conceptuelle" (p. 22).

En el comentario a la edición de la correspondencia entre Febvre y Bloch realizada por Bertrand Müller (1994) señala, en línea con su propia postura en este libro que comentamos, que "les vraies *Annales*, ce ne sont pas les articles, qui auraient pu paraître ailleurs le plus souvent, ce sont les comptes rendus de livres par les directeurs, des comptes rendus très critiques, programmatiques, très personnels, remarquables" (p. 35). Por otro lado, también vinculado a su preocupación práctica por la conceptualización y la reflexión en y para la historia, a partir del análisis del libro de Arnaldo Momigliano, *Les fondations du savoir historique* (1992) califica a su autor como a uno de los más grandes historiadores del siglo XX y el mejor historiador de la historia de todos los tiempos (p. 39).

Valora especialmente la obra de Le Roy Ladurie y, también, el enfoque micro que en sus obras se plantea. Así, de *Le carnaval des romans* (1979), considera que su punto de vista "révèle, si on l'explore avec soin, toute une

géologie'. Le procédé, micro-historique, est légitime. Il est celui de l'étude de cas. Il n'exclut nullement la conceptualisation, la réflexion" (p. 65). Señala el autor que esta obra es más conceptual que *Montaillou*, y en ello reside buena parte de su valor. Comenta también de Le Roy, *Paris-Montpellier. PC-PSU. 1945-1963* (1982), en la que cuenta su vida de joven burgués, de estudiante comunista, profesor PSU e investigador histórico. Recoge también al Le Roy de 1982, antisoviético y anti-comunista, hostil a la unión de la izquierda, a las corrientes de izquierda del PS, etc. Habla la reseña de las actitudes previas, de la posición de dominio de los grandes capos de la historiografía francesa, de su posibilidad de juzgar y permitir que la extrema izquierda en la que el mismo Bonnaud participó (en la época teórico-estalinista de los años 1949-53/6) tuviese un hueco en el mundo académico francés si no molestaba al poder de la derecha. Habla también de este libro como una crítica a ese pasado, a *Annales*, a los agentes de unos y de otros... de la vuelta a las raíces derechistas y católicas (según interpreta el autor de la reseña). Un libro que habla y se extiende con los crímenes del comunismo, pero que no menciona los crímenes franceses en Argelia o Indochina. Entre lo más destacable del libro, para Bonnaud, están las razones de la adhesión al comunismo de los jóvenes burgueses de la generación del autor. También en esta línea, comenta el libro de Chaunu, *Le temps des réformes* (1975) en el que justifica, pese a su trayectoria personal, el izquierdismo historiográfico de Chaunu; así, dice que si la vanguardia historiográfica es transgredir las fronteras de la especialidad, sobrepasar la erudición miope, abordar grandes temas, sobrevolar grandes épocas, Pierre Chaunu es un vanguardista. Si es cierto que el espíritu del 68 exige al historiador no sólo actividad intelectual sino también una práctica, un compromiso de todo el ser, un combate en el se afrontan tanto valores como verdades, si el espíritu de mayo sirve al presente, entonces Chaunu es sesentayochista. Si izquierdista es el comportamiento del científico que sabe que la ciencia no es todo y que se burla más o menos abiertamente de los procedimientos científicos tradicionales, entonces Chaunu es izquierdista. Y sin embargo, Chaunu está situado a la derecha política, se considera anti-izquierdista, anti-sesentayochista y anti-vanguardista, no oculta sus compromisos tradicionalistas, su integrista protestante, su falta de aprecio a la revolución, concluye Bonnaud. Y pese a ello, su obra histórica entra en contradicción en numerosas ocasiones con esas ideas, avanzando temas, mostrando sensibilidad, estudiando aspectos poco habituales en la derecha. ¿Es un reconocimiento de que puede hacerse buena historia desde la derecha? ¿o simplemente la confirmación, por excepción, de esa incapacidad?

Al analizar las obras de Pierre Goubert, *Un parcours d'historien* (1996) y Jacques Le Goff, *Une vie pour l'histoire* (1996), comenta la proliferación de ego-historias o auto-historias de historiadores. Un género que considera ambiguo, pues señala que historiadores de la antigüedad, medievalistas, etc. se

convierten en contemporaneístas o en antropólogos-etnólogos de su región. En cualquier caso, las justifica al considerar que evitan que sean otros quienes las escriban. En el segundo, además, considera que se aprende mucho sobre los historiadores del siglo XX y, como en el primero, encuentra cierto rechazo a la teoría, incluso considerándola como poco francesa, más propia de anglosajones, alemanes..., afirmación que escandaliza al autor de la reseña, pero que contrasta con la defensa de lo conceptual que el propio Le Goff hace posteriormente en su *Saint Louis*.

De Georges Duby analiza *Saint Bernard. L'art cistercien* (1976) y se pregunta por la capacidad de fascinación y de seducción de Duby. Habla de su interés por las novedades sin que éstas le devoren, de su preferencia por la aplicación y el arte a la crítica; de que no rechaza la teoría, pero la integra en el relato. Termina la reseña afirmando que es menos comprometido, menos universalista, menos teórico que otros, de abstracciones y emoción contenidas, pero en cualquier caso, "il est, de nos grands historiens, le plus historien" (p. 93).

Cuando comenta el libro de Blandine Barret-Kriegel, *Les historiens et la monarchie* (1988), señala que los ochenta fueron años empíricos e históricos, obsesionados por el hecho y por el pasado, las condiciones favorables, a su entender, para una historia de la historia, para una sub-especialidad largo tiempo atrofiada, acantonada en las necrológicas académicas, abandonada a los historiadores de la literatura, a los psicólogos y a los sociólogos intrigados por las representaciones. La pregunta, temerosa, que subyace al análisis de sus cuatro volúmenes es: ¿no estamos volviendo a lo que se despreciaba en el siglo XVIII; al rechazo de las meta-historias, de la especulación, a la exaltación de los eruditos, de los historiadores puros?

Por último, destacar el comentario sobre la reedición del clásico de Ch.V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques* (1993) con prefacio de Madeleine Rebérioux, que le sirve para reivindicar a Seignobos, su obra, su interés por la epistemología, por lo más contemporáneo, y por su apertura a lo económico y social. Critica también lo que considera su mayor error: su gran poder, el ser un *manager* de los estudios históricos.

Nos encontramos, en definitiva, con una pequeña historia de la historiografía francesa del último cuarto del siglo XX, que opta por una vía peculiar: el análisis de los libros en vez del repaso a los historiadores individuales o en su agrupamiento teórico-ideológico. Un libro significativo y una prueba más del valor de las reseñas en nuestro abarrotado mundo historiográfico.

Robert Bonnaud es Profesor Agregado de Historia desde 1952 y Profesor en la Universidad París VII desde 1989. Especialista en filosofía de la historia y en historia del siglo XX, ha publicado, entre otras, las obras siguientes: *Le système de l'histoire* (1989); *Les alternatives du progrès* (1992); *Une histoire sans préférences* (1992); *Les tournants du XX siècle: progrès et régressions* (1992); *Y a-t-il des tournants histori-*

ques mondiaux? (1992); *Les succès de l'échec: où va l'histoire?* (1993); *Le monde et la raison: une histoire universelle* (1994); *Et pourtant elle tourne! L'histoire et ses revirements* (1995); *L'histoire, le progrès, le communisme: théories et confidences* (1997); *Notre fin de siècle: le tournant de 1998-1999* (1998).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Heinich, Nathalie, Norbert Elias. *Historia y cultura en Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, 141 p., ISBN: 9506023840, 2.000 ptas. (Traducción de *La sociologie de Norbert Elias*, La Découverte & Syros, París, 1997).

Introducción. I. Sociología de la civilización. II. Una sociología de los afectos. III. Una sociología de tiempo largo. IV. Una sociología del espacio de interacciones. Conclusión. Referencias bibliográficas.

Si algo queda claro en aquellos que marcan hitos con su trabajo intelectual es la frecuencia con que son mencionados y la escasa atención que se les presta —habitualmente— más allá de la cita. Probablemente a Norbert Elias le pase algo parecido. Su vida no se caracteriza por un temprano reconocimiento a su obra (pp. 64-66)¹. Además, como se muestra en estas páginas, buena parte de sus propuestas entraban de lleno en un territorio conflictivo, especialmente por su deseo de romper con muchos de los “mitos intelectuales” más arraigados y, también, por su interdisciplinariedad, por lanzarse a esa confluencia de espacios en la que, parece cada vez más claro, está la explicación de la complejidad humana. Además, toca de lleno el problema de la compartimentación académica, especialmente en lo que hace referencia al mundo de la ciencia institucionalizada, la comunidad científica en el sentido más kuhniano de la expresión (pp. 129-130).

¹ En *Mi trayectoria intelectual* (Barcelona, Península, 1995, pp. 79-81), Norbert Elias comenta sin darle excesiva importancia su posición marginal en la sociología del Reino Unido durante sus casi veinte años iniciales de estancia en Londres y Leicester y la ausencia de discípulos, que le entristece (“me parece triste que casi ninguno de ellos haya continuado mis teorías”), algo que justifica como sigue: “La mayoría consideraba mi pensamiento respecto a los procesos a largo plazo como una postura marginal; y de hecho no les faltaba razón, pues, si se hubieran adherido a ella, quizá habrían arruinado su carrera. En sociología no estaba nada de moda pensar en procesos a largo plazo” (p. 79). Esta ausencia, sin embargo, no es tan radical, véase si no la continuidad de sus ideas en el mundo del deporte de la mano de Eric Dunnig (cfr. mi artículo “En los límites de la ortodoxia historiográfica: fútbol y cómics”, en este mismo volumen).